

Giovanni Sartori / Catedrático de Ciencias Políticas

“Es falso que una sociedad será mejor cuanto más multicultural”

por Chus Sáez y Pedro Badía

“Es falsa la teoría de que cuanto más multicultural sea la sociedad, ésta va a ser mejor”. Así de contundente se muestra en esta entrevista Giovanni Sartori, que tampoco duda en oponerse a la teoría del multiculturalismo, porque, en su opinión, “niega la visión pluralista de la buena sociedad”. Por ello, cree que la mejor forma de gestionar la sociedad multicultural consiste en aplicar los principios del pluralismo

¿Entiende usted la inmigración como un derecho de las personas y de los pueblos para conseguir una vida más digna?

Hay algunas cosas que son ciertas en principio, pero esta premisa, que es perfectamente aceptable, creo que en la práctica no funciona bien, y esto es un problema. El pasado mes de mayo me nombraron doctor honoris causa por la Universidad Complutense y curiosamente el discurso que pronuncié se centró en la ética de los principios y de las consecuencias, que es la ética de la responsabilidad desde el punto de vista de Max Weber. La actitud religiosa, al menos la católica, pasa por la ética de los principios y lo que se argumenta es que éstos son buenos principios y Dios se ocupará del resto. La ética de las consecuencias o de la responsabilidad tiene que hacerse cargo de las consecuencias de los principios. Por lo tanto, hay que ser responsable de lo que en un principio genera el mundo real. La respuesta es que el principio es bueno pero posiblemente en la práctica sea malo.

¿El multiculturalismo como ideología se ha impuesto al hecho social de la multiculturalidad?

Lo que expreso en mi libro La sociedad multiétnica es la constatación de la existencia de una sociedad multicultural. Se trata de un hecho que hay que aceptar. Pero eso no significa que haya que producirla deliberadamente. Es falsa la teoría de que cuanto más multicultural sea la sociedad, ésta va a ser mejor. Me opongo a la teoría del multiculturalismo, no al fenómeno del multiculturalismo. Pienso que éste es contraproducente porque niega la visión pluralista de la buena sociedad. Hay que elegir una u otra porque ambas ideologías se contradicen. La mejor forma de gestionar la sociedad multicultural es aplicando los principios del pluralismo.

“Seamos sensatos, solamente podemos asumir una cantidad determinada de inmigrantes, aquellos a los que se pueda dar trabajo”

¿Por qué dice usted que el multiculturalismo puede producir efectos devastadores en la educación?

No hablo sólo de la educación, pero, por ejemplo, es bueno hablar otros idiomas porque si uno habla otro idioma comprende su propia lengua. En el caso de los hispanos en Estados Unidos, lo adecuado sería que hablaran en español pero también que aprendieran inglés, porque de lo contrario no van a poder rendir ni ascender en la escala social. Trabajarán, pero en puestos poco cualificados. En EE.UU no aprender inglés va en contra de los propios intereses de los hispanos; también es importante hablar en español, porque ayuda a mantener valores fundamentales como los familiares, que se han ido perdiendo en la cultura norteamericana. De lo que se trata es de ver qué resulta más conveniente, y a los hispanos les interesa más aprender inglés, de lo contrario sus hijos irán a malos colegios, con problemas de violencia y de drogas.

Usted se refirió en unas declaraciones a “una Unión Europea asediada que recoge inmigrantes porque no sabe cómo frenarlos”.

Voy a explicar la versión auténtica de esta afirmación. Hay seis mil millones de personas en el mundo y cuatro mil estarían encantadas de vivir en Europa. ¿Podemos absorber cuatro mil millones de personas? Está claro que no. Seamos sensatos, solamente podemos absorber una cantidad determinada, aquellas a las que se pueda dar trabajo. Porque carece de sentido aceptar a personas que van a estar sin trabajo. Esto no sólo no solucionará los problemas sino que creará más.

¿Esto significa que Europa debe tratar la inmigración como un problema de orden y seguridad y no como una cuestión social?

Hay muchas visiones diferentes. El primer argumento es el económico: necesitamos mano de obra barata del Tercer Mundo. Los empresarios quieren importar mano de obra de tercer orden; este es un argumento útil para las empresas, que no tiene por qué llevar a la ciudadanía, sino simplemente a un permiso de trabajo. Soy residente en Estados Unidos desde hace treinta años, no he querido adquirir la nacionalidad estadounidense, pero disfruto de todos los derechos y prestaciones y estoy muy satisfecho como residente permanente en ese país. Si el argumento es económico basta con un trabajo y tener el permiso de residencia. Pero sostengo que es un error cuando se trata de aceptar e integrar a estos trabajadores inmigrantes y darles la ciudadanía. Si se concede la ciudadanía fácilmente uno no se está integrando. De hecho, en la experiencia de la comunidad hispana en EE.UU. hemos visto que una vez que se alcanza una masa crítica de inmigrantes, ésta comienza a elegir a sus representantes, habla solamente en español y no quiere integrarse. La gente tiene derecho a no querer integrarse; en ese caso tampoco hay por qué concederles la ciudadanía, porque con ello se introduciría un elemento perturbador en la sociedad. El argumento económico no tiene nada que ver con el argumento político de conceder ciudadanía para proporcionar integración.

Tenemos que establecer un control del número de personas que podemos aceptar, quiénes son estas personas que entran, y si podemos proporcionarles un trabajo

Pero hay colectivos de inmigrantes cuya integración cultural entraña serias dificultades

Hay connotaciones de tipo cultural y también religioso que determinan la existencia de estas dificultades. Tenemos el caso de los musulmanes, un colectivo muy difícil de integrar culturalmente. Conozco a muy buenos orientalistas y arabistas que trabajan en los países de origen de la inmigración. Los chinos constituyen otra etnia que no quiere integrarse. No crean problemas, no exigen derechos, están en sus casas, con sus propias mafias y estructuras, pueden vivir en Norteamérica y mantener su ciudadanía. Lo que sostengo en mi libro es que no todos los inmigrantes son iguales, pero todos plantean los mismos problemas a la hora de integrarse.

Usted alude a una inmigración legal, controlada...

Sí, porque legal quiere decir controlada. Tenemos que establecer un control del número de personas que podemos aceptar, quiénes son estas personas que entran, y si podemos proporcionarles un trabajo. En EE.UU, que es la tierra de la inmigración, este es un fenómeno muy controlado, por eso la inmigración ha sido muy útil, porque es una nación creada por inmigrantes. Pero controlada desde el principio.

Partiendo de la idea del "contraciudadano" que usted ha manejado en diversos artículos, ¿no le parece que individuos como Haider o Berlusconi son más "contraciudadanos" que un inmigrante musulmán?

No tengo absolutamente nada en común con los personajes que ha mencionado, no soy responsable de lo que hayan hecho o dicho. No se puede establecer este tipo de paralelos. Yo soy un librepensador y digo lo que pienso. Si Umberto Bossi dice que tengo razón lo aceptaré, pero no digo esto porque Bossi diga que tengo razón, y encima no me apoya porque a mi se me considera izquierdista. Además, la derecha italiana no me apoya mientras que la izquierda sí, y en ese sentido he tenido mucha suerte. Lo que no puede ser es que lo que uno diga esté bien o mal en función de quien lo apruebe o no. Esto no es serio.

Los italianos y los españoles hemos sido y todavía somos pueblos de emigrantes.

Emigrante significa irse. Hablamos de gente que se va, no de gente que viene. Por ejemplo, a los italianos que se marcharon al Nuevo Mundo les fue bien, tanto a ellos como a la propia Italia. Estamos hablando del problema de la inmigración, no de la emigración, que es el problema opuesto. Si hay desempleo y mucha pobreza, la emigración es una buena solución. Por otro lado, la inmigración asume que hay espacios vacíos en el lugar al que se dirige, como ocurrió en el Nuevo Mundo. En EE.UU., por ejemplo, la mayor parte de la emigración hasta la Gran Depresión venía de Europa y años después ha sido fundamentalmente latinoamericana.

Usted sostiene que la televisión ha supuesto una ruptura con el lenguaje escrito

Sostengo esta teoría en mi libro Homo Videns. La transición del hombre y la mujer que leen a la del hombre y la mujer que ven es muy seria. Hemos perdido la capacidad de abstracción. Toda la comprensión de la realidad hasta hace cincuenta años se centraba en abstracciones que no eran visibles, la justicia, la libertad, la belleza, son conceptos que comprendemos en nuestra mente pero no los podemos representar visualmente. Para las

nuevas generaciones el mundo se ha reducido a lo visible y esto supone una gran pérdida en la comprensión del mundo.

Por la cultura de la palabra

Una imagen vale más que mil palabras, sin embargo usted es un defensor de la palabra ante la imagen.

Estoy a favor de la cultura de la palabra, aunque no tengo nada en contra de la audiovisual. De hecho, hay ciertas cosas que uno sólo entiende y comprende si las ve, porque no pueden describirse con palabras, son inefables como los sentimientos. Un sentimiento no se puede escribir con palabras, hay que sentirlo. No obstante, seguimos necesitando palabras, conceptos y abstracciones. Es decir, tenemos que ser capaces de movernos en lo que se llamó el mundo intiligibilis, el mundo de las cosas que se piensan y no sólo de las cosas que se ven. Si los dos están bien compaginados es estupendo, pero ahora ese matrimonio, por así decirlo, se ha roto.

Giovanni Sartori es catedrático de Ciencias Políticas en las universidades de Columbia y Florencia y se define liberal de izquierdas. Brillante erudito, pesimista a su manera, para algunos sigue siendo uno de los principales referentes del debate político actual. Su última obra, La sociedad multiétnica, ha levantado una viva polémica sobre “la inmigración sin límites”. Testigo de la historia y de los sentimientos de casi un siglo, Sartori alude a “los tiempos clausurados en los jardines del Oeste”, semejantes a los vividos durante la crisis del orden imperial romano